

pre resultado de un trágico proceso de transculturación—; en definitiva, se trataría de no escapar al conflicto, puesto que éste es el que verdaderamente exige nuestra atención reflexiva y crítica.

FINA BIRULÉS

## LA MEMORIA DEL CUERPO

**Historia del pecho,**  
Marilyn Yalom,  
Tusquets, Barcelona,  
1998, 385 pp., 3.500 ptas.

¿Es el cuerpo un simple objeto natural? Esta pregunta que puede resultarnos banal, y hasta absurda, está en la base de los grandes movimientos artísticos y filosóficos de todo el siglo XX, un siglo que ha generado imágenes profundamente contradictorias de la corporalidad: la veneración de la salud y la belleza y la sexualización de los cuerpos en los medios de comunicación corre paralela a una ferocidad autodestructiva del cuerpo humano en el arte, en el que la fragmentación, la irracionalidad y la morbosidad son adjetivos que podemos adjudicar a muchos artistas que han tratado el cuerpo humano de un modo inquietante. Hoy más que en cualquier otro momento de la historia sabemos que la corporalidad es un valor producido en un entorno cultural y físico concreto.

El libro de Yalom quiere ser un eslabón más en una serie de trabajos que, partiendo de una perspectiva histórica, al modo de Foucault, tienen la voluntad de relativizar algunos de los supuestos que los occidentales solemos tener por incuestionables. En este trabajo la autora hace un estudio sobre el pecho, una parte del cuerpo femenino que a lo largo de la modernidad no ha dejado de atribuírsele, cada vez más, una carga erótica hasta convertirlo en un auténtico fetiche y en un reclamo publicitario. Pero esto no ha sido siempre así.

El libro comienza con la historia de la representación del pecho desde la prehistoria, poniendo en evidencia que éste no ha mantenido siempre el mismo valor simbólico y se ha utilizado con fines sociales diferentes. Desde la prehistoria, cuando el pecho era algo fundamental para la supervivencia humana, hasta la época medieval, fue considerado un elemento sagrado. No podemos olvidar que para los clásicos griegos y romanos, para el cristianismo, y conforme avanzan los siglos de la Edad Media, la ausencia de pechos era un indicio de santidad. A partir del siglo XII el pecho femenino comenzó a compartir dos funciones: el pecho para la lactancia y el pecho para el erotismo, tal y como se pone de manifiesto en los poemas del amor cortés. En el occidente cristiano, la representación de la virgen como *Madonna del latte*, que surge en el siglo XIV, se convertirá posteriormente en el prototipo de la divinidad femenina. Como en tantos otros ámbitos de la vida, el Renacimiento supuso una valoración distinta de la corporalidad, en la que el potencial erótico del pecho acabó imponiéndose a la función maternal en las representaciones; sobre todo, porque lo que ocurrió es que el pecho reprodujo una división social: el pecho de las mujeres de las clases pobres era el que amamantaba, era el dedicado a la reproducción, mientras que a las mujeres de las clases altas se les impedía que amamantaran a sus hijos para no estropear una parte de su cuerpo que pertenecía a su pareja, en un momento en el que la lactancia limitaba las relaciones sexuales.

Sin duda el Renacimiento es un período de «descorporalización» de la mujer, pero paralelamente genera la fantasía del pecho femenino como fetiche erótico.

co que ha perdurado hasta nuestros días. El pecho femenino cumpliría a partir de ese momento múltiples funciones: la lactancia materna se convirtió en un símbolo de bienestar social, desde la exaltación de la lactancia materna, y en el siglo XVIII el pecho se utilizó con fines políticos hasta convertirse en la base de algunas teorías relacionadas con los sistemas políticos y con la raza humana. Desde ese momento, el uso político del pecho no ha dejado de ir en aumento: un ejemplo fue su utilización en la propaganda política en las dos guerras mundiales o en las revoluciones. Con el siglo XX se lleva al extremo el sueño moderno de manipular el cuerpo gracias al desarrollo de las tecnologías biomédicas. Por primera vez se contempla como posibilidad el poder construirse un cuerpo a la medida de los deseos: ropa interior, productos de belleza que se publicitan con garantías «científicas», e incluso intervenciones quirúrgicas, afectan a hombres y mujeres. Parece que hemos comenzado una nueva era de control del cuerpo, pero indudablemente hemos sido las mujeres los blancos perfectos de industrias millonarias que prometen que, de una manera o de otra, adaptarán nuestros cuerpos a los ideales estéticos imperantes.

Pero el siglo XX ha sido también el siglo de la reivindicación de los derechos de las mujeres, quienes desde el primer momento se dieron cuenta de que el primer territorio que había que conquistar era el dominio sobre el propio cuerpo. En esta lucha, el pecho se convirtió también en el símbolo de la liberación. Enseñar públicamente los senos para que nadie pudiera ver en ellos algo malvado u obsceno fue una de las primeras acciones reivindicativas de algunos grupos de mujeres con el fin

de que los medios de comunicación, y la sociedad en general, dejaran de instrumentalizar y comercializar el cuerpo femenino. A partir de los años 60, serán las mujeres las que inicien una reivindicación en el arte y en la poesía de la propia corporalidad. Son también mujeres las que escriben, las que utilizan su cuerpo como materia y motivo artístico y, más concretamente, el pecho para expresarse como sujetos activos en la cultura. Por ejemplo, Alicia Ostriker, Sharon Olds o Rosanne Wasserman hablan del cuerpo como mujeres, en cuanto fuente de dolor y de placeres. Ya no son cuerpos idealizados, utilizados para crear y recrear una serie de fantasías masculinas, son cuerpos vivos, que disfrutan de estar vivos, pero que también envejecen, enferman y sufren. Audre Lorde o Adrienne Rich, cuando escriben sobre el cáncer de mama, están presentando una visión muy distinta a las tradicionales alabanzas de los hombres al pecho femenino. Por otra parte, en las artes plásticas han sido muchas las mujeres que representan el pecho como parte de un cuerpo no idealizado ni erotizado: Frida Kahlo, Louise Bourgeois o Cindy Sherman recurren a sus propios cuerpos como materia artística, introducen una nueva reflexión sobre la corporalidad contemporánea, conscientes de que la historia del cuerpo es la de su construcción social y su manipulación.

El libro de Marilyn Yalom no es solamente historia, es una mirada inteligente sobre una serie de textos que la cultura occidental nos ha legado, y que podemos utilizar no sólo como mera recreación estética, sino también como textos que sirven para entendernos y explicarnos. La representación del pecho a lo largo de la historia ha hablado de la mirada

masculina sobre las mujeres, y sólo en los últimos tiempos las mujeres han comenzado a hablar de sus propios cuerpos y, por tanto, a dotarlos de una identidad al margen de los valores sociales, políticos o comerciales que la historia les ha ido adjudicado. Y es que, sean cuales sean los significados que les demos a nuestros cuerpos, éstos siempre estarán ligados a los valores de la sociedad y a las normas culturales. Por eso, libros como los de Yalom nos proporcionan, tanto a hombres como a mujeres, la posibilidad de reflexionar sobre los valores relativos y construidos de algunas cosas —como la corporalidad— que consideramos como naturales. Al fin y al cabo, como dice Luis García Montero, el cuerpo conoce una memoria que no es la realidad ni son los sueños.

ASUNCIÓN BERNÁRDEZ